

de la pradera hace veinte años. Hace todo este tiempo que las aguas no pasan por allí. Desde que se ha abierto este otro paso, han disminuido una cuarta parte. En la actualidad, va trocándose en pedregal; la roca que la conduce está minada por debajo, se la puede ayudar fácilmente. ¡Vamos, vamos allá!

—Vamos pues, dije yo volviendo á entrar en la casa, acompañándole; pero desayunaos antes y rogad á vuestra hermana que nos acompañe. Cuando ella haya visto por sus propios ojos, se convencerá y, no sólo os dará su aprobacion, sino su ayuda.

—Ignoro de lo que se habla, dijo contestando Felicia, que entraba nuevamente sirviendo el almuerzo; pero desde luego estaré á vuestro lado Juan, si M. Sylvestre se encarga de ser el ingeniero, y si vos atendeis á lo que él os diga.

—¡Lo juro por Ruffi! exclamó Juan.

Y almorzó en mi compañía con gran apetito.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

FELICIA fué á ponerse su guardapié corto, su sombrero redondo y sus zapatos ferrados. Iba generalmente vestida de señorita de campo, y estaba bien, pero el traje de montañesa le sentaba á maravilla. Las trenzas sueltas de sus oscurísimos cabellos le llegaban hasta las corvas. Sus piernas finas y nerviosas eran un modelo de forma elegantísimo. A los hábitos de fuerza y de trabajo de las suizas, su naturaleza italiana hermanaba la gracia y la distincion.

Adelantósenos ella, acompañada de Tonino, quien habia vestido tambien los arreos montañeses necesarios á emprender el sério y escarpado paseo que nos proponíamos.

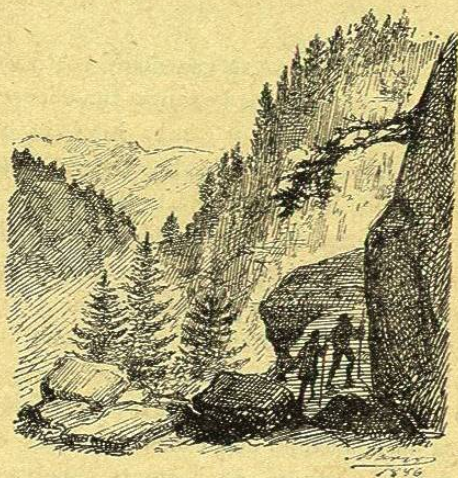
Tonino era un muchacho de formas torneadas, de fisonomía simpática, delicado, atento, de bastante penetracion y cariñoso. Demasiado delicado y demasiado moreno tal vez para el gusto de las gentes del país, parecíame á propósito para ejercer un dia, sobre otras naturalezas de gusto más exquisito, verdadero ascendiente.

—Cedamos el paso á esta linda pareja, me dijo Juan, con aire placentero, y tomando su palo ferrado, me entregó á mí

30725

otro parecido. Nos iremos por el atajo, es decir, por la torrentera. Esto nos será muy fácil, os lo advierto; pero vos ya teneis buenas piernas y buen ojo, y es necesario que conozcais las revueltas y saltos de *nuestro torrente conductor de las tierras*.

La ascension fué efectivamente bastante penosa, y en muchos pasos peligrosa tambien. Si nos hubiese sorprendido allí una



de estas lluvias de la estacion, llamadas torrenciales, estábamos perdidos; pero el tiempo era soberbio, y el torrente superior llevaba poca agua. Pudimos convencernos de que en ninguna parte encontraba obstáculos sérios, y que desembarazándole el paso aquí y allá de algunas rocas, podria traernos en sus dias de furia grandes cantidades de tierra.

Ambas riberas pertenecian á los Morgeron; á Felicia la una

y la otra á Juan. Aquella especie de zanja casi vertical, servia de límite á entrambas heredades.

Juan estaba radiante y exaltado. Hablaba con los *rápidos* y trémulos murmullos y con las cascadas espumantes que saltaban cantando sobre nuestras cabezas y bajo nuestros piés.

—Podrás ahora incomodarte, diablillo, decíale al agua armoniosa y límpida que nos envolvía entre la bruma irradiada de sus cristalinos saltos que nos rodeaban; cuanto más gruñas más contentos nos harás; más daño te creerás hacernos, y nos harás más bien.

Casi ya en la cumbre, tuvimos que trepar por una vertiente escarpadísima, para no ser arrastrados por la corriente principal que media una decena de metros.

Allí detenidos, cogiéndonos á los alerces que crecian en la roca, pudimos examinar la hendidura hecha por las aguas que iban precipitándose, y su lecho desnudo nos permitió asegurarnos de que habia allí un magnífico espesor de tierra de brezo, descansando sobre la roca compacta é inespugnable.

Cuando hubimos alcanzado, no sin gran trabajo, la cresta, nos encontramos á Felicia acompañada de su jóven primo, que nos estaban esperando en la pradera llamada del *Bolo*, á causa de un pelado y enhiesto diente calcáreo que se levanta en ella. Nosotros estábamos chorreantes de sudor.

—Descansad aquí, al sol, nos dijo Felicia; despues nos sentaremos á la sombra del *Bolo*, donde podreis tomar leche que nos hemos proporcionado en el chalet de Zemmi.

—¿Está ahí, por casualidad, el propietario? preguntó Juan.

—No, apenas viene; le tiene muy poco apego al lugar viendo el daño irremediable que le causan las aguas. No hemos encon-

trado más que su pastor. Es un muchacho sin malicia; podreis examinarlo todo á vuestro sabor, sin que tenga ello consecuencias.

Fuimos allí, despues del medio dia, sobre la loma cubierta de césped que domina una postrera cima de roca. El torrente procedia de un ventisquero próximo cuyo pié se unia casi á la cumbre de la montaña relativamente baja, en que nos hallábam. Pude, pues, cerciorarme de que, al menos por algunos años, seguiria aquella fuente de nieve, el curso que últimamente se habia trazado. Ví tambien que la loma que venia neveando, minándola más y más, era bastante rica, y formada casi toda por los compactos restos de una antigua selva. Todo iba, pues, á medida de nuestro deseo.

Juan Morgeron, loco de alegría y entusiasmo, se afanaba tanto en caminar y hablar, que llegó á embriagarse bebiendo leche, y tuvo que irse á dormir, fatigado por la lucha, en el chalet de Zemmi.

Más tranquilo yo, pude resistir mejor, y fuíme todavía á dar una vuelta alrededor del *Bolo* donde estaban descansando Felicia y Tonino, bien guarecidos del aire y del sol, en una cavidad abierta, sin duda al objeto, por los pastores.

No se me habia ocurrido por cierto el observarles. La casualidad me hizo sorprender una sencilla escena íntima, que no dejó de llamar mi atencion.

Felicia Morgeron estaba sentada en la yerba, y sus grandes ojos azules parecian llenar el horizonte. Tonino, echado junto á ella, en actitud de dormir, tenia abiertos los ojos contemplándola con cierta expresion extática y alterada al mismo tiempo. Habia tomado en sus manos una de las sueltas tren-

zas de Felicia, y en el momento en que yo pasaba junto á ellos, llevó Tonino sus rojos labios á la negra trenza que conservó en su poder.



Ella no lo habia notado desde luego, pero en cuanto lo advirtió, retiró bruscamente la trenza, señalándole un bofeton que el paró con las manos. Felicia insistió en dárselo en la cara, llamándole imbécil. Me pareció no obstante que aquella severidad no era real del todo, y que una sonrisa mal disimulada aligeraba su simulada indignacion.

En cuanto á él, se reía, sin parecer arrepentido ni ruborizado por haber sido descubierto, procurando detener la mano que le castigaba.

No sé si Felicia vió que yo estaba allí, pero súbitamente pareció incomodada, y mandó al jóven al chalet, á ver si su hermano dormia aún.

VIII

TONINO obedeció, y Mlle. Mórgeron me llamó despues invitándome á descansar.

Dióme entonces las gracias emocionada por haber vuelto á su hermano la energía y las esperanzas, preguntándome si la empresa me parecia realmente buena.

—Si ello hubiera sido lo contrario, no le hubiera yo instigado.

—Pues hubierais faltado, repuso ella; era preciso satisfacerle distrayéndole á cualquier precio.

No tenia yo ganas de empezar de nuevo la discusion de la víspera. Y díjele con firmeza esta vez, que yo no me ocuparia jamás en despojarla de su fortuna; y sin querer le hice entender tal vez, que la encontraba demasiado jóven para renunciar á todas las esperanzas de un porvenir personal.

Adivinó ella mi preocupacion, ó interpretó, despues de la suya, lo que decia yo.

—¿Creeis que puedo yo pensar en casarme? dijo mirándome fijamente.

—No creo nada; pero sé y veo que teneis treinta años, que sois hermosa, y que podeis y debeis inspirar amor.

—Se puede siempre inspirar amor, repuso Felicia, pero ¿y estimacion?

—Si no teneis otra cosa que echaros en-cara, que la desgracia de que me hablastes ayer, que habeis ya expiado ruda y excesivamente me parece, seria una indignidad el reprochársela.

La abnegacion que manifestais por vuestro hermano debe realzaros á los ojos del hombre justo; y en cuanto á mí, si sois tal como os manifestasteis ayer; si es vuestra vida un desprendimiento absoluto, un trabajo incesante para saldar la deuda de vuestro reconocimiento, creo que teneis derecho á la consideracion y al respeto.

—¿Sí?... ¡Sabeis bien lo que decís, sí! Es decir que, si yo tengo algun pensamiento, si lo tuviera, si alimentase la más ligera esperanza de dicha futura para mi persona, no mereceria ya ésta el respeto y la consideracion que me concedeis?

—Toda prueba tiene su término. Vuestra falta,—me sirvo de esta palabra, no pudiendo apreciar un hecho, que se califica así generalmente, y que, en muchos casos, puede ser simplemente una desgracia,—ha traido consecuencias tan graves para vuestro hermano, que hubiera dado una mala opinion de vos, si no la hubieseis reparado con un arrepentimiento serio y una conducta rígida. Ahora, siendo así, ofreceis garantías completas y sólidas á la opinion que pueden y deben satisfacer á un hombre honrado.

—Yo no quiero casarme, repuso ella; ni quiero ser amada ni feliz, porque no debo serlo. Cuanto yo tengo es para mi hermano; un marido no lo entenderia así, y me privaria de sacrificárselo todo; pero quiero saber si soy digna de aprecio como vos habeis dicho. Quiero contaros mi historia con todos ó la mayor parte de sus detalles.—Vete, díjole á Tonino, que volvia diciendo que Juan dormia aún. No le despiertes y vuélvete á casa.

—¿Sin vos, señora?

—Sin mí; tengo que hablar con el señor. ¿No me has entendido? ¡Pues, ya estás despachado!

Tonino hizo algunas manifestaciones de disgusto por tener que irse solo. El chico quería á lo menos llevarse una sonrisa, pero no pudo conseguirlo.

Esta vez me pareció que le consideraba como á un niño, y que lo que yo había visto ó creído ver antes en los ojos de Felicia, no era trascendental.

Cuando estuvimos solos, contóme ella lo siguiente:

“Mi nacimiento es tan singular como mi vida.

„Soy noble por parte de mi madre. Mi abuelo fué conde, y Tonino es baron. Nuestra familia se encontró reducida á la miseria durante el siglo anterior, á consecuencia de pérdidas en el juego, de mi bisabuelo el conde del Monte. Su hijo Antonio tuvo necesidad, para vivir, de dar lecciones de música bajo el pseudónimo de Tonio Monti. Este casó con una jóven noble y arruinada como él, de la que tuvo muchos hijos, y reducido durante su vejez á la más espantosa necesidad; tocaba el violin por las calles y plazas de los pueblos, acompañado de su hija menor Luisa Monti (mi madre), que era muy guapa y cantaba muy bien.

„Este, mi pobre abuelo, que no tenia vicio alguno más que la falta de órden y prevision, era, sin embargo, un hombre dignísimo y de excelente trato. Le recuerdo perfectamente; veo aún su magnífica cabeza triste y resignada; su luenga barba blanca, su traje anticuado, sus hermosas y cuidadas manos y su violin, cuyo arco tenia incrustada una agata en la que estaba grabado su blason.

„En una de sus escursiones á la Lombardía, atravesó la

frontera, y al volver á Génova, tuvo que detenerse algunos días en Sion, donde habitaba Justo Morgeron, campesino afortunado, que habia llegado á burgués, propietario de diversas granjas, quien vivia acompañado solamente de Juan, su hijo único. Habia perdido á su mujer poco tiempo despues de su matrimonio, y contaba á la sazón unos cuarenta años. Era toda su familia de las más respetables, y él mismo, protestante rígido, llevaba la vida de un hombre grave.

„Pero por grave que se sea, llega un día en que se siente el acicate de las pasiones. Dió hospitalidad á Tonio Monti y á su hija. El viejo artista ambulante estaba herido en un pié. El burgués caritativo le cuidó y dió asilo por espacio de un mes, al fin del cual, estando verdaderamente prendado de la bella Luisa, se la pidió por esposa.

„Esto produjo un terrible escándalo en la familia Morgeron, así como en el pueblo y la comarca. En vano probó mi abuelo la nobleza de su raza y de su carácter. ¡Era artista! Se le habia visto vagar cojeando, acompañado de su hija y de su violin á las puertas de los ricos; y esto evidenciaba á sus ojos que aquella hermosa jóven no podia ser pura. Se la llamaba bohemia; nadie la saludaba, y todo el mundo volvia la cabeza al verla pasar. Los protestantes la despreciaban otro tanto porque era católica, y los católicos la odiaban porque se habia casado con un protestante.

„Mi padre llegó á encontrarse abandonado por todo el mundo; su orgullo, sufrió por ello tanto, que se volvió medio loco, es decir, infame é inicuo, por la pobre mujer á la cual debia aquella reprobacion general que él no habia querido prever. Devorábale una envidia tétrica, y trataba al anciano Monti con dureza extremada.

„En cuanto á mí, único fruto de aquel matrimonio, no me tenia el menor cariño. Fuí pues educada entre disgustos y

lágrimas. Sin embargo, era sumisa y laboriosa. Aprendía fácilmente todo lo que querían. Mi abuelo Monti, que era instruido, me daba una educación muy superior á mi clase, creyendo hacerme así simpática á mi padre. Este, en vez de lisonjearse por mis progresos, suponía que quería yo suplantar á Juan en su estimación, puesto que Juan carecía de facilidad para aprender, y á pesar de todos los desvelos prodigados en instruirle, permanecía ignorante.

„Yo estaba muy lejos de querer entrar en rivalidades con mi excelente hermano, que ya nos protegía, así á mi abuelo como á mi madre y á mí, contra la tiranía y las injusticias de su padre; pero nos dejó. Juan gustaba mucho de viajar, y aquellos prolongados disgustos domésticos le molestaban.

„Mi madre, viendo que mi presencia era insoportable á mi padre, obtuvo que se me mandase á pasar los veranos en una de nuestras granjas en compañía del abuelo Monti. Estaba yo con él muy contenta y alegre, pero el pobre enfermó y murió al poco tiempo.

„Entonces me encontré sola en el mundo. Mi padre, en lugar de calmarse, se volvía diariamente más exaltado y sombrío. Una devoción insaciablele absorbía. Hubiera querido hacerme abjurar de la religión de mi madre, y esto fué lo único que no pudo obtener de ella jamás. Mi madre me hacía permanecer en el campo, á fin de escapar á la persecución religiosa.

„Esto fué el origen de mi desgracia. Yo tenía quince años, me veía abandonada de una parte, odiada de la otra; y mal guardada, y peor vista por los colonos á los cuales se me había confiado. Sentía necesidad de ser amada y de tener á alguien á mi lado que me compadeciera y consolara. Un viajero que andaba por los alrededores del cortijo, me hizo entender que

me adoraría, que yo sería su mujer y que me arrancaría de aquella triste vida. Esta persuasión trocóse luego en seducción, que terminó en infamia. El forastero me abandonó.

„Ya sabéis lo demás, pero nada os he dicho de Tonino, y es necesario que os hable de él.

„Cuando me refugié en Lugano, donde mi abuelo me había dicho tener un hijo casado y establecido, encontré á éste reducido á la mayor miseria. Mi tío, el mismo que debía haber heredado el título de conde, era tejedor. Cargado de una familia numerosísima, ganaba apenas lo bastante á evitar que se muriesen de hambre. Me acogió sin embargo con singular bondad, y su esposa, que hacía de lavandera, me empleó como ayudanta. ¡Qué oficio para una joven débil, extenuada de fatiga y privaciones, debiendo alimentar á sus pechos una criatura!

„Se me hizo pasar por viuda; y Tonino, el mayor de los hijos de mi tío—tenía entonces nueve años—se encariñó conmigo ardientemente. Convirtiéndose por voluntad propia, en *niñera* de mi pequeñuela. Todo el día la llevaba en brazos, la mecía ó la hacía reír mientras yo trabajaba. De rodillas sobre la paja húmeda y los brazos metidos en el agua, estaba yo viendo todo el día junto á mí á aquellas dos criaturas jugando al sol, para las cuales sólo pedía á Dios que me dejara conservar la una y recompensar á la otra.

„Cuando la mayor de mis desdichas, la de perder á mi hija, me anonadó, fué Tonino mi *enfermera*. Lloraba en silencio junto á mi lecho, y me daba las bebidas sosteniendo mi desvanecida cabeza con sus pequeñas manos. Así fué que, cuando vino mi hermano á buscarme, le pedí que me permitiera llevar á Tonino conmigo y él consintió. Le he educado como hijo mío y como hijo le quiero. ¿Creéis que he hecho mal?„

La señorita Morgeron interrumpió su relato esperando mi respuesta.

—Creo que hiciste bien, le dije; ¿por qué me haceis esta pregunta?



—Porque puede haberos chocado la severidad con que me veis tratar á este pobre muchacho. Es preciso, como tambien podeis haber visto; es demasiado expansivo, tiene el defecto de su naturaleza, es cariñoso como un perro. Sigue siendo tan niño, que hay necesidad de recordarle á cada instante que es ya hombre. Es muy italiano, es decir, muy aficionado á esta tierra. Debo enseñarle á tomar el tono y maneras del justo medio en que debe vivir. Es preciso que haga de él un hombre arreglado, un Labrador inteligente, á fin de que pueda sostener á su familia, sobre la cual, entre tanto, velo yo. El día no está lejos; mi hermano le ha asociado, en cierta proporcion, á

los productos de nuestros trabajos. Yo le voy haciendo un fondo, hace diez años, y pronto tendrá con qué llamar á sus padres, despues de lo cual podrá casarse como Dios manda.

“Ahora, hablemos solamente de mí. Desde hace trece años que vivo aquí; puede decirse que he vivido sola; no he mirado jamás si eran los hombres jóvenes ó viejos, grandes ó pequeños, altos ó bajos, rubios ó morenos. No he amado, ni deseado amar, ni sentido la falta del amor. No he pensado más que en mi deber; es decir, en la felicidad de mi hermano y en el porvenir de Tonino. Y regaño al uno y contrario al otro. La desdicha me ha hecho ser amarga y tal vez dura con los demás, como he venido siéndolo conmigo misma. Si no sé ser amable, no es culpa mia; pero comprendo perfectamente mi deber y me consagré á él.

„Decidme ahora, si álguien puede estimarme.”

—Sí, y respetaros, respondíle. Ya veis como no me equivoco

—¿Pero habeis dudado, sin embargo?

—No; pero, si así fuese, nada significaria. Ya no dudo.

—¿Y creéis que podrá amárseme siempre? Porque yo no sé que nadie ame á quien no se ama á sí mismo, y que por consiguiente, no sepa encontrar la manera de agradar.

—Esto ya es otra cosa, le dije yo; no puedo responder; tengo cincuenta años, pero Tonino tiene veinte y uno, y, penseis lo que querais de él, sentirá, tal vez á no tardar, por vos un sentimiento más vivo y más trascendental para sí, que el amor filial.

—¡No digais esto, M. Sylvestre! ¡No es del caso, ni que lo penseis! Tonino no pasa, por la reflexion, de los quince años; y en cuanto á la moral, tengo edad suficiente para ser su madre.

—Pero no sois en realidad más que su prima, y no teneis

más que ocho ó nueve años sobre los suyos. Si él os amase, no veo el porqué no pudierais casaros; ninguna ley se opone á ello.

—Pero me seria imposible amarle con semejaute amor, y encontraria, cuando menos ridículo, el escoger para *señor mio* á este muchacho á quien he mandado y regañado tantas veces. Esto no podrá entrar jamás en mi cabeza; desechad pues semejaute suposicion, M. Sylvestre, porque me aflige y mortifica. A Dios gracias, Tonino ignora todavía lo que es amor.

—Entonces no hablemos más, y perdonadme un rasgo de franqueza, indiscreto tal vez; pero soy viejo, y creo poder hablaros de estas cosas delicadas como pueda un padre hablarle á su hija. Para tranquilidad y satisfaccion de ese buen Tonino, me alegro mucho de haberme equivocado. A vos os toca pues velar sobre este muchacho, cuidando de dar el alimento necesario á sus pasiones cuando las veais aparecer.

Juan Morgeron vino á juntársenos, y ya no se habló de otra cosa que de la pradera y el torrente.

IX

DURANTE quince dias no nos ocupamos de otra cosa. Era necesario explorar el lecho del torrente queriendo, como yo queria, preverlo todo, por lo que pasé otras distintas veces á la pradera del Bolo para sondearla en todos sentidos asegurándome de la profundidad del suelo. El agua debia, de fijo, arrastrar restos de roca en acabando de arramblar la tierra; era por lo tanto preciso pensar en el porvenir y evitar que viniesen los pedruscos á cubrir la tierra en un momento dado.

Despues de muchas reflexiones y observaciones, acerté á dar con un medio sencillo y económico; pero no es la historia del torrente lo que me habeis pedido, y debo por lo tanto haceros gracia de los detalles. Pero sí debia decir todo lo que he contado para haceros saber de qué manera se encontró enlazada mi existencia á la de los Morgeron, é igualmente cómo supe desde luego los secretos resortes de su destino y el carácter de la persona menos expansiva del mundo: Felicia Morgeron.